

Darwin y el diseño inteligente

Francisco J. Ayala

Alianza. Madrid, 2007

Francisco GARCÍA OLMEDO | Publicado el 21/06/2007

En este libro, Francisco J. Ayala vuelve sobre un asunto que ya ha tratado antes, el de la compatibilidad de la ciencia y las creencias religiosas, y entra de lleno en otro que ha merecido su atención más recientemente, el de la incompatibilidad de la noción de “Diseño Inteligente” con la ciencia actual y, en particular, con la teoría de la evolución. De Estados Unidos a Polonia y Turquía, la moda del diseño inteligente ha corrido como la pólvora. Según esta formulación específica del creacionismo, la mera complejidad de los organismos vivos delata que han sido “diseñados por un diseñador”: todo reloj implica un relojero.

Con san Agustín y santo Tomás de Aquino, Ayala defiende en *Darwin y el diseño inteligente* que la razón y la Revelación Divina sólo pueden contradecirse en apariencia. En opinión de Juan Pablo II, “la Biblia nos habla del origen del universo y su creación, no para proporcionarnos un tratado científico, sino para establecer las correctas relaciones del hombre con Dios y con el universo... en los términos de la cosmología conocida en los tiempos del escritor sagrado”, y Ayala parece tomar esta falta de confrontación inicial entre la ciencia y el texto bíblico como evidencia de que lo narrado en el primer libro del *Génesis* no tiene por qué tomarse de un modo literal, y argumenta que la ciencia y la fe religiosa no pueden estar en contradicción porque sus respectivos ámbitos no se solapan. La ciencia trata de descubrir y explicar el mundo natural y sus procesos, los planetas y sus órbitas, la materia y el espacio, el origen y la evolución de los seres vivos. La religión busca significado y propósito, la relación con el Creador y el entramado moral de la vida humana.

Ayala señala el libro *Natural Theology* (1802), de William Paley, como la referencia más señera de la defensa del diseño inteligente. Asombra a Paley, por ejemplo, que la complejidad del ojo humano no se quede corta frente a la de un reloj o un telescopio y concluye que difícilmente puede haber resultado de un proceso tan azaroso como la evolución. A los modernos partidarios del diseño inteligente les recuerda Ayala que el “mundo de la vida está lleno de imperfecciones, defectos, sufrimiento, crueldad y aun sadismo. La espina dorsal está mal diseñada, los depredadores devoran cruelmente sus presas, los parásitos sólo pueden vivir si destruyen a sus huéspedes... y el veinte por ciento de todos los embarazos abortan espontáneamente durante los dos primeros meses de la preñez”. Si todos estos males fueran fruto del diseño específico del Creador, éste sería un diseñador torpe, cruel y mísero, viene a decir Ayala, para añadir que la teoría de la evolución explica tanta calamidad como consecuencia de la selección natural, proceso torpe y azaroso. A muchos les resultará difícil de entender, sin embargo, cómo la mera reclasificación de los aludidos males como efectos indirectos o colaterales de la acción divina pueda hacerlos compatibles con un Dios de amor, misericordia y sabiduría.

Hay que admitir que los científicos que ven confrontación entre ciencia y religión son numerosos, mientras que los que apoyan el diseño inteligente son muy pocos y de escasa relevancia en la profesión. Por el otro lado, Ayala sabrá sin duda que se ha desatado una lucha interna sobre la evolución entre distintas facciones vaticanas, justo a la muerte de Juan Pablo II, el Papa que declaró públicamente que no había contradicción entre ciencia y religión y que consideró a la evolución darwiniana como algo más que una hipótesis. Incluso rehabilitó a Galileo y admitió que su persecución había sido un error de la Iglesia. Pero Benedicto XVI es harina de otro costal. Ya en su primera misa papal dijo que no somos un producto más de la evolución y, en ciertas coyunturas, ha parecido afanarse en demostrar que, en realidad, la Iglesia Católica nunca persiguió a Galileo. Hace unos meses, en la revista “Nature” se dio cuenta de que Benedicto XVI había cesado al astrónomo vaticano, George Coyne, después de treinta años de servicio. El astrónomo había criticado en público un ataque antievolucionista publicado en el “New York Times” por el cardenal vienés Christoph Schönborn. Más recientemente, el Papa se reunió en Castel Gandolfo con el cardenal Schönborn, otros dos teólogos conservadores y un único y solitario científico para ver qué se podía hacer con la noción del diseño inteligente.

Según ha trascendido, se acabaron conformando con proponer que se delimitaran los campos, algo así como que, a cambio de que la Iglesia no cuestionara la teoría básica de la evolución, el otro bando debiera abstenerse de cualquier vuelo metafísico que nos declarara productos azarosos de la evolución, obviando así la necesidad de Dios. Pero este etéreo pacto no ha tardado en ser repetidamente ignorado de un lado y de otro. Así, por ejemplo, la Iglesia no duda en anteponer sus creencias a medidas elementales de salud pública, como es el uso de los preservativos en la lucha contra el SIDA, y los más militantes entre los científicos, como Peter Atkins, Daniel Dennet, o Richard Dawkins, no están por avenirse a esta división de intereses ni a cumplir orden de alejamiento alguna respecto a ciertos temas.

Para Atkins, la cuestión no es si la ciencia supera a la religión en el conocimiento del mundo físico sino si es a éste a lo que se reduce todo lo que llamamos mundo. Desde la religión se intenta que pasemos por el aro de que hay un mundo más allá de la materia, pero es ilógico aceptar que nos inventen aros, parece pensar Atkins. Aceptemos los retos palpables, evidentes, pero no las ideas fabricadas por arte de magia, como la existencia de un Dios amante, la del alma inmaterial o la de la vida después de la muerte. Concluye que, si admitimos que el universo no tiene por qué tener propósito alguno, que puede ser un ente accidental y sin norte, no hay necesidad de andar enredando con falsas nociones y preguntas. Según un darwinista a ultranza, como Dennet, el origen de la religión se reduce en última instancia a una cuestión de adaptación para sobrevivir y conquistar. Más beligerante aún, Dawkins piensa que si la religión no respeta a la ciencia, ya está bien de que nos laven el cerebro con que hay que ser respetuosos con la religión. Junto a los que defienden estas ideas más extremas, son numerosos los científicos que creen, con Thomas Jefferson, que bastante hay con ocuparse de las cosas que son, como para atormentarse con las que quizás pudieran ser, pero de las cuales no hay el más leve rastro de evidencia.

Hay dos datos biográficos de Ayala que, aunque se omiten en el texto, es relevante señalar, especialmente en relación con este libro, ya que avalan, y tal vez condicionan, los puntos de vista que en él se defienden: el autor es uno de los discípulos más distinguidos del famoso evolucionista Theodosius Dobzhansky (1900-1975) y, antes de iniciarse en la investigación, profesó como sacerdote dominico, vocación que acabaría abandonando. Estemos o no de acuerdo con todas sus tesis, no cabe duda de que aquí nos brinda un excelente libro, bien argumentado, lúcido y muy bien escrito.

La hipótesis de Dawkins

Richard Dawkins, que desempeña la cátedra Charles Simonyi de Difusión de la Ciencia en la Universidad de Oxford, saltó a la fama, más allá de los círculos especializados, con su libro *El Gen Egoísta*, publicado en 1976, en el que postuló una visión evolutiva centrada en el gen, e introdujo términos tales como *meme* y *memética*, que hicieron fortuna. Un segundo signo de identidad de Dawkins es el de ser, en opinión de algunos, “el más notable ateo mundial”, papel que ha venido desempeñando durante décadas, tanto en su producción escrita, artículos y libros, como en sus apariciones audiovisuales. Su actual entrega en esta línea, *El espejismo de Dios* (Espasa, 2007), no se singulariza tanto por la novedad de sus argumentos como por la de su propósito, que no es otro que el de invitar a los ateos a salir del armario y a hacer valer sus derechos en un mundo dominado por los creyentes. Dawkins propone que “la Hipótesis de Dios” es una hipótesis científica, que debe tomarse tan escépticamente como cualquier otra, y a lo largo del libro se ocupa de desmontarla, repasando uno a uno los argumentos de la existencia de Dios y explicando “por qué es casi seguro que no hay Dios.”

“¿Piensa usted que las creencias religiosas son necesarias para tener una moral aceptable? ¿Necesitamos a Dios para ser buenos?”. éstas son preguntas cuyas respuestas negativas elabora el autor en varias decenas de páginas sobre la solidez de una moral atea, para terminar su discurso planteando otra pregunta menos tajante: “¿Podríamos, mediante entrenamiento o práctica, emanciparnos a nosotros mismos del Mundo Medio, tirar nuestro burka negro y alcanzar cierto tipo de entendimiento intuitivo -así como simplemente matemático- para lo muy pequeño, para lo muy grande y para lo muy veloz? Honradamente, no conozco la respuesta, pero estoy emocionado por estar vivo en un momento en el que la humanidad está luchando contra los límites del entendimiento. Incluso mejor, podemos finalmente descubrir que no hay límites”. En resumen, no estamos ante el mejor Dawkins, pero sí ante uno que no ha perdido su singular capacidad para el argumento y la comunicación.